



## La escalera de Escher

por Enrike Zuazua, \* Matemático - Sábado, 17 de Noviembre de 2012 - Actualizado a las 05:39h

LAS escaleras de Escher son fascinantemente imposibles. Todo el mundo sube para acabar en el mismo piso, al mismo nivel. Podemos contemplarlas en la litografía de este artista holandés de fuerte inspiración e intuición matemática (Maurits Corneli Escher (1898-1972)) que lleva por título *Relativity*, 1953. El mismo imposible podemos observarlo en su obra *Waterfall*, 1961, en la que se observa una cascada que vierte agua en el mismo nivel del que mana.

¿Y si estuviéramos viviendo en una escalera de Escher? Seguro que hay quien encuentra esta cuestión ridícula pero, sinceramente, opino que sería mejor saberlo y cuanto antes. Es como los análisis de sangre, cuanto antes nos digan cuántos asteriscos tenemos, mejor.

De la lectura de la prensa se podría pensar que vivimos en efecto en una escalera de Escher en la que subimos permanentemente con mucho esfuerzo para permanecer siempre al mismo nivel. De hecho, parece que nuestra escalera va más allá de la imaginación de Escher pues, subiendo, nos conduce hacia abajo o al menos eso parece.

En el Gobierno de España, hace poco cambiamos de izquierda a derecha. En Francia han hecho lo contrario. Pero el resultado parece ser el mismo. La situación es tan laberíntica que ni siquiera parece que cambiar a los jefes de la oposición vaya a servir de nada. Todo eso contribuye a que casi nada cambie y las dudas se acentúen.

¿Y si nuestra sociedad democrática del bienestar estuviese atrapada en una de esas geometrías imposibles de las escaleras y las cascadas de Escher?

La colección de líderes destronados empieza a ser importante. Sin ir más lejos, la pasada semana el semanario satírico y de espíritu libertario francés *Le Canard Enchaîné* (que se podría traducir como *El pato amarrado*), y que tiene como lema *La liberté ne s'use que si l'on s'en sert pas* (La libertad no se gasta a menos que no se ejerza) comentaba este asunto aludiendo a Lance Armstrong y Nicolas Sarkozy y, en particular, a la bicicleta que el primero regaló al segundo tras una de sus victorias. Entonces, el primero era un flamante ganador de múltiples Tours y el segundo el presidente de la República francesa.

En todos los sitios cuecen habas. Pero no parece que las habas sean las mismas ni que den lugar al mismo cocido. La paradoja de Escher no se aplica en todos los países por igual.

España ve cómo, poco a poco, sus mejores científicos se van en un éxodo que el Ministerio de Ciencia e Innovación, cuando aún existía, minimizó denominándolo "exportación de talentos". La respuesta gubernamental posterior, derivada de los necesarios ajustes presupuestarios, ha sido que ya no haya Ministerio de Ciencia ni con Innovación ni con Tecnología ni a secas. No comment!

Al mismo tiempo, países como China están apostando fuerte por atraer a esos talentos dispuestos a emigrar, al menos temporalmente. Los roles han cambiado. Con el dinero que durante años nos hemos gastado en los *Todo a 100* o en la tienda del *txinatarr* son ahora ellos los que están dispuestos a comprar a nuestros mejores cerebros. Allí las escaleras son mecánicas y suben a toda velocidad.

Tras observar cómo funciona la escalera mecánica china, me surgen más dudas aún de si no estaremos aquí atrapados en una escalera de Escher. Pero, como escribía Urkullu en DEIA hace unos días, no hay

Plan B. O sea, que habrá que seguir subiendo, peldaño a peldaño, sin mirar al lado para que el barranco no nos dé vértigo.

Con disciplina y orden será más fácil subir, en cordada. En el metro de Pekín, cuando el nivel de congestión llega a lo que se denomina el nivel negro (el nivel verde es cuando hay *poca* gente, el amarillo cuando la densidad empieza a ser alta (que es más o menos como en el metro de Bilbao a tope de lleno), el nivel rojo cuando ya los vagones están llenos y el negro cuando la congestión es absoluta no ya en vagones, sino también en andenes, pasillos y escalera), amables voces femeninas solicitan por los altavoces que la gente se desplace armoniosamente, dejándose llevar por la densa masa de la multitud que avanza pasito a pasito como en un disciplinado y compactísimo ejército. Es el momento de elegir dónde coloca uno los brazos pues ya no los podrá mover hasta salir del metro en un trayecto que sin duda multiplicará por dos o tres la duración optimistamente estimada sobre el plano. No cabe ni un alfiler más. La primera sensación es entonces de angustia, de claustrofobia pero, a poco que uno lo piense, se da cuenta de que lo mejor que puede hacer es confiar en el sentido común global y seguir las instrucciones. Sería mejor poder llegar al destino más rápido pero cualquier intento de hacerlo, pretendiendo colarse o correr, acabaría en catástrofe. Mejor, pues, confiar en los hábitos y normas adoptados en un país que ha sabido forjarse un futuro de dimensiones planetarias. Allí la gente sabe que no hay Plan B pues cuando en el metro el nivel es de rojo, en la superficie de la calle el nivel de tráfico rodado es de negro y no se avanza más ni en autobús ni en taxi sino todo lo contrario.

Tendremos por tanto que seguir subiendo peldaños, como en el metro de Pekin, paso a paso, con orden y disciplina, porque no hay Plan B, aún con la duda de si la escalera en la que escalamos no es una de las de Escher. No lo sabremos hasta el final.

<http://www.deia.com/2012/11/17/opinion/la-escalera-de-escher>